Y cruzan á la luz de unas bujías Fantásticas, desiertas galerías.

Y la vision como engañoso encanto,
Por las losas deslízase sin ruido,
Toda encubierta bajo el blanco manto
Que barre el suelo en pliegues desprendido:
Y por el largo corredor en tanto
Sigue adelante, y síguela atrevido,
Y su temeridad raya en locura,
Resuelto Montemar á su aventura.

Las luces, como antorchas funerales,
Lánguida luz y cárdena esparcian,
Y en torno en movimientos desiguales
Las sombras se alejaban ó venian:
Arcos aquí ruinosos, sepulcrales,
Urnas allí y estátuas se veian,
Rotas columnas, patios mal seguros,
Yerbosos, tristes, húmedos y oscuros.

Todo vago, quimérico y sombrío, Edificio sin base ni cimiento Ondula cual fantástico navío Que anclado mueve borrascoso viento. En un silencio aterrador y frio Yace allí todo: ni rumor, ni aliento Humano nunca se escuchó: callado, Corre allí el tiempo, en sueño sepultado.

Las muertas horas á las muertas horas Siguen en el reloj de aquella vida, Sombras de horror girando aterradoras, Que allá aparecen en medrosa huida; Ellas solas y tristes moradoras De aquella negra, funeral guarida, Cual soñada fantástica quimera, Vienen á ver al que su paz altera.

Y en él enclavan los hundidos ojos Del fondo de la larga galería, Que brillan léjos cual carbones rojos, Y espantaran la misma valentía: Y muestran en su rostro sus enojos Al ver hollada su mansion sombría, Y ora en grupos delante se aparecen, Ora en la sombra allá se desvanecen.

Grandiosa, satánica figura,
Alta la frente, Montemar camina,
Espíritu sublime en su locura,
Provocando la cólera divina;
Fábrica frágil de materia impura,
El alma que la alienta y la ilumina,
Con Dios le iguala, y con osado vuelo
Se alza á su trono y le provoca á duelo.

Segundo Lucifer que se levanta
Del rayo vengador la frente herida,
Alma rebelde que el temor no espanta,
Hollada sí, pero jamás vencida:
El hombre en fin que en su ansiedad quebranta
Su limite á la cárcel de la vida,

Y á Dios llama ante él á darle cuenta, Y descubrir su inmensidad intenta.

Y un báquico cantar tarareando, Cruza aquella quimérica morada, Con atrevida indiferencia andando, Mofa en los lábios, y la vista osada: Y el rumor que sus pasos van formando, Y el golpe que al andar le da la espada, Tristes ecos, siguiéndole detras, Repiten con monótono compás.

Y aquel extraño y único rüido Que de aquella mansion los ecos llena, En el suelo y los techos repetido, En su profunda soledad resuena: Y espira allá cual funeral gemido Que lanza en su dolor la ánima en pena, Que al fin del corredor largo y oscuro Salir parece de entre el roto muro.

Y en aquel otro mundo, y otra vida, Mundo de sombras, vida que es un sueño, Vida, que con la muerte confundida, Ciñe sus sienes con letal beleño; Mundo, vaga ilusion descolorida De nuestro mundo y vaporoso ensueño, Son aquel ruido y su locura insana, La sola imégen de la vida humana.

Que allá su blanca misteriosa guía De la alma dicha la ilusion parece, Que ora acaricia la esperanza impía, Ora al tocarla ya se desvanece: Blanca, flotante nube, que en la umbría Noche, en alas del céfiro se mece, Su airosa ropa, desplegada al viento, Semeja en su callado movimiento:

Humo süave de quemado aroma
Que el aire en ondas á perderse asciende,
Rayo de luna que en la parda loma,
Cual un broche su cima al éter prende;
Silfa que con el alma envuelta asoma
Y al nebuloso azul sus alas tiende,
De negras sombras y de luz teñidas,
Entre el alba y la noche confundidas.

Y ágil, veloz, aérea y vaporosa, Que apénas toca con los piés al suelo, Cruza aquella morada tenebrosa La mágica vision del blanco velo: Imágen fiel de la ilusion dichosa Que acaso el hombre encontrará en el cielo, Pensamiento sin fórmula y sin nombre, Que hace rezar y blasfemar al hombre.

Y al fin del largo corredor llegando,
Montemar sigue su callada guia,
Y una de mármol negra va bajando
De caracol torcida gradería,
L arga, estrecha y revuelta, y que girando
En torno de él y sin cesar veia

Suspendida en el aire y con violento, Veloz, vertiginoso movimiento.

Y en eterna espiral y en remolino
Infinito prolóngase y se extiende,
Y el juicio pone en loco desatino
A Montemar que en tumbos mil desciende,
Y envuelto en el violento torbellino
Al aire se imagina, y se desprende,
Y sin que el raudo movimiento ceda,
Mil vueltas dando, á los abismos rueda:

Y de escalon en escalon cayendo,
Blasfema y jura con lenguaje inmundo,
Y su furioso vértigo creciendo,
Y despeñado rápido al profundo,
Los silbos ya del huracan oyendo,
Ya ante él pasando en confusion el mundo,
Ya oyendo gritos, voces y palmadas,
Y aplausos y brutales carcajadas;

Llantos y ayes, quejas y gemidos,
Mofas, sarcasmos, risas y denuestos,
Y en mil grupos acá y allá reunidos:
Viendo debajo de él, sobre él inhiestos,
Hombres, mujeres, todos confundidos,
Con sandia pena, con alegres gestos,
Que con asombro estúpido le miran
Y en el perpetuo remolino giran:

Siente por fin que de repente pára, Y un punto sin sentido se quedó; Mas luego valeroso se repara,
Abrió los ojos y de pié se alzó:
Y fué el primer objeto en que pensara
La blanca dama, y al redor miró,
Y al pié de un triste monumento hallóla
Sentada en medio de la estancia, sola.

Era un negro solemne monumento
Que en medio de la estancia se elevaba,
Y á un tiempo á Montemar ¡raro portento!
Una tumba y un lecho semejaba:
Ya imaginó su loco pensamiento
Que abierta aquella tumba le aguardaba;
Ya imaginó tambien que el lecho era
Tálamo blando que al esposo espera.

Y pronto recobrada su osadía,
Y á terminar resuelto su aventura,
Al cielo y al infierno desafia
Con firme pecho y decision segura:
A la blanca vision su planta guia,
Y á descubrirse el rostro la conjura,
Y á sus piés Montemar tomando asiento,
Así la habló con animoso acento:

«Diablo, mujer ó vision, Que, á juzgar por el camino Que conduce á esta mansion, Eres puro desatino O diabólica invencion: «Si quier de parte de Dios, Si quier de parte del diablo, ¿Quién nos trajo aquí á los dos? Decidme en fin ¿quién sois vos? Y sepa yo con quién hablo:

«Que mas que nunca palpita Resuelto mi corazon, Cuando en tanta confusion, Y en tanto arcano que irrita, Me descubre mi razon

"Que un poder aquí supremo, Invisible se ha mezclado, Poder que siento y no temo, A llevar determinado Esta aventura al extremo."

> Fúnebre Llanto De amor, Oyese En tanto En son

Flébil, blando, Cual quejido Dolorido Que del alma Se arrancó: Cual profundo ¡Ay! que exhala Moribundo Corazon.

Música triste,
Lánguida y vaga,
Que á par lastima
Y el alma halaga;
Dulce armonía
Que inspira al pecho
Melancolía,
Como el murmullo
De algun recuerdo
De antiguo amor,
A un tiempo arrullo
Y amarga pena
Del corazon.

Mágico embeleso,
Cántico ideal,
Que en los aires vaga
Y en sonoras ráfagas
Aumentado va:
Sublime y oscuro,
Rumor prodigioso,
Sordo acento lúgubre,
Eco sepulcral,
Músicas lejanas,
De enlutado parche
Redoble monótono,
Cercano huracan,

187

Que apénas la copa
Del árbol menea
Y bramando está:
Olas alteradas
De la mar bravía,
En noche sombría
Los vientos en paz,
Y cuyo rugido
Se mezcla al gemido
Del muro que trémulo
Las siente llegar:
Pavoroso estrépito,
Infalible présago
De la tempestad.

Y en rápido crescendo, Los lúgubres sonidos Mas cerca vanse oyendo Y en ronco rebramar; Cual trueno en las montañas Que retumbando va, Cual rugen las entrañas Le horrísono volcan.

Y algazara y gritería, Crujir de afilados huesos, Rechinamiento de dientes Y retemblar los cimientos, Y en pavoroso estallido Las losas del pavimento Separando sus junturas Irse poco á poco abriendo,

Siente Montemar, y el ruido
Mas cerca crece, y á un tiempo
Escucha chocarse cráneos,
Ya descarnados y secos,
Temblar en torno la tierra,
Bramar combatidos vientos,
Rugir las airadas olas,
Estallar el ronco trueno,
Exhalar tristes quejidos
Y prorumpir en lamentos.
Todo en furiosa armonía,
Todo en frenético estruendo,
Todo en confuso trastorno,
Todo mezclado y diverso.

Y luego el estrépito crece
Confuso y mezclado en un son,
Que ronco en las bóvedas hondas
Tronando furioso zumbó;
Y un eco que agudo parece
Del ángel del juicio la voz,
En tiple, punzante alarido
Medroso y sonoro se alzó:
Sintió, removidas las tumbas,
Crujir á sus piés con fragor,
Chocar en las piedras los cráneos
Con rabia y ahinco feroz,

Romper intentando la losa, Y huir de su eterna mansion, Los muertos, de súbito oyendo El alto mandato de Dios.

Y de pronto en horrendo estampido Desquiciarse la estancia sintió, Y al tremendo tartáreo rüido Cien espectros alzarse miró: De sus ojos los huecos fijaron Y sus dedos enjutos en él: Y despues entre si se miraron, Y á mostrarle tornaron despues; Y enlazadas las manos siniestras. Con dudoso, espantoso ademan Contemplando, y tendidas sus diestras Con asombro al osado mortal, Se acercaron despacio, y la seca Calavera, mostrando temor. Con inmóvil, irónica mueca Inclinaron, formando en redor.

Y entónces la vision del blanco velo Al fiero Montemar tendió una mano, Y era su tacto de crispante hielo, Y resistirlo audaz intentó en vano:

Galvánica, cruel, nerviosa y fria, Histérica y horrible sensacion, Toda la sangre coagulada envia Agolpada y helada al corazon.... Y á su despecho y maldiciendo al cielo,
De ella apartó su mano Montemar,
Y temerario alzándola á su velo,
Tirando de él la descubrió la faz.

¡Es su esposo!! los ecos retumbaron, ¡La esposa al fin que su consorte halló!! Los espectros con júbilo gritaron: ¡Es el esposo de su eterno amor!!

Y ella entónces gritó: ¡Mi esposo!! Y era (¡Desengaño fatal! ¡triste verdad!)
Una sórdida, horrible calavera,
La blanca dama del gallardo andar!....

Luego un caballero de espuela dorada, Airoso, aunque el rostro con mortal color, Traspasado el pecho de fiera estocada, Aun brotando sangre de su corazon;

Se acerca y le dice, su diestra tendida, Que impávido estrecha tambien Montemar: —«Al°fin la palabra que disteis cumplida, D° Elvira, vedla, vuestra esposa es ya:

«Mi muerte os perdono.—Por cierto, D. Diego, Repuso D. Félix tranquilo á su vez; Me alegro de veros con tanto sosiego, Que á fé no esperaba volveros á ver.

«En cuanto á ese espectro que decis mi esposa, Raro casamiento venisme á ofrecer: Su faz no es por cierto ni amable ni hermosa; Mas no se os figure que os quiera ofender:

"Por mujer la tomo, porque es cosa cierta, Y espero no salga fallido mi plan, Que en caso tan raro y mi esposa muerta, Tanto como viva no me cansará.

«Mas ántes decidme si Dios ó el demonio Me trajo á este sitio, que quisiera ver Al uno ú al otro, y en mi matrimonio Tener por padrino siquiera á Luzbel:

"Cualquiera ó entrambos con su corte toda. Estando estos nobles espectros aquí, No perdiera mucho viniendo á mi boda.... Hermano D. Diego, ¿no pensais así?"

Tal dijo D. Félix con fruncido ceño, En torno arrojando con fiero ademan Miradas audaces de altivo desdeño, Al Dios por quien jura capaz de arrostrar.

El cariado, lívido esqueleto,
Los frios, largos y asquerosos brazos,
Le enreda en tanto en apretados lazos,
Y ávido le acaricia en su ansiedad:
Y con su boca cavernosa busca
La boca á Montemar, y á su mejilla
La árida, descarnada y amarilla
Junta y refriega, repugnante faz.

Y él, envuelto en sus secas coyunturas, Aun mas sus nudos que se aprietan siente, Baña un mar de sudor su ardiente frente Y crece en su impotencia su furor: Pugna con ansia á desasirse en vano, Y cuanto mas airado forcejea, Tanto mas se le junta y le desea El rudo espectro que le inspira horror.

Y en furioso, veloz remolino,
Y en aérea fantástica danza,
Que la mente del hombre no alcanza
En su rápido curso á seguir,
Los espectros su ronda empezaron,
Cual en círculos raudos el viento
Remolinos de polvo violento
Y hojas secas agita sin fin.

Y elevando sus áridas manos Resonando cual lúgubre eco. Levantóse en su cóncavo hueco Semejante á un aullido una voz Pavorosa, monótona, informe, Que pronuncia sin lengua su boca, Cual la voz que del áspera roca En los senos el viento formó:

«Cantemos, dijeron sus gritos, La gloria, el amor de la esposa, Que enlaza en sus brazos dichosa Por siempre al esposo que amó: Su boca á su boca se junte, Y selle su eterna delicia, Süave, amorosa caricia Y lánguido beso de amor.

«Y en mútuos abrazos unidos, Y en blando y eterno reposo, La esposa enlazada al esposo Por siempre descansen en paz: Y en fúnebre luz ilumine Sus bodas fatídica tea, Les brinde deleites y sea La tumba su lecho pupcial.»

Miéntras, la ronda frenética Que en raudo giro se agita, Mas cada vez precipita Su vértigo sin ceder; Mas cada vez se atropella, Mas cada vez se arrebata, Y en círculos se desata Violentos mas cada vez:

Y escapa en rueda quimérica, Y negro punto parece Que en torno se desvanece A la fantástica luz, Y sus lúgubres aullidos Que pavorosos se extienden, Los aires rápidos hienden Mas prolongados aun.

Y á tan continuo vértigo A tan funesto encanto, A tan horrible canto A tan tremenda lid; Entre los brazos lúbricos Que aprémianle sujeto, Del hórrido esqueleto, Entre caricias mil:

Jamás vencido el ánimo, Su cuerpo ya rendido, Sintió desfallecido Faltarle, Montemer: Y á par que mas su espíritu Desmiente su miseria La flaca, vil materia Comienza á desmayar.

> Y siente un confuso, Loco devaneo, Languidez, mareo Y angustioso afan: Y sombras y luces, La estancia que gira, Y espíritus mira Que vienen y van. Y luego á lo léjos, Flébil en su oido,

Eco dolorido
Lánguido sonó,
Cual la melodía
Que el aura amorosa,
Y el aura armoniosa
De noche formó:

Y siente luego
Su pecho ahogado,
Y desmayado,
Turbios sus ojos,
Sus graves párpados,
Flojos caer:
La frente inclina
Sobre su pecho,
Y á su despecho,
Siente sus brazos
Lánguidos, débiles
Desfallecer.

Y vió luego
Una llama
Que se inflama
Y murió;
Y perdido,
Oyó el eco
De un gemido
Que espiró:

Tan dulce Suspira La lira
Que hirió
En blando
Concento
Del viento
La voz.

Leve Breve, Son.

En tanto en nubes de carmin y grana Su luz el alba arrebolada envia, Y alegre regocija y engalana Las altas torres el naciente dia: Sereno el cielo, calma la mañana, Blanda la brisa, trasparente y fria, Vierte á la tierra el sol con su hermosura Rayos de paz y celestial ventura.

Y huyó la noche y con la noche huian Sus sombras y quiméricas mujeres, Y á su silencio y calma sucedian El bullicio y rumor de los talleres: Y á su trabajo y á su afan volvian Los hombres y á sus frívolos placeres, Algunos hoy volviendo á su faena De zozobra y temor el alma llena:

¡Que era pública voz, que llanto arranca Del pecho pecador y empedernido, Que en forma de mujer y en una blanca Túnica misteriosa revestido, Aquella noche el diablo á Salamanca Habia en fin por Montemar venido!!... Y si, lector, dijerdes ser comento, Como me lo contaron, te lo cuento.

## EL DIABLO MUNDO.

## **PRÓLOGO**

La humanidad entra en los períodos de su existencia por iguales trámites que el hombre en los de la vida infancia, virilidad y madurez; admiracion y contento en la primera edad, entusiasmo y fuerza en la segunda, reflexion y exámen en la tercera; y en tanto el poeta es en el órden moral el jefe de la humanidad de su tiempo y de aquellas generaciones que vendrán, hasta donde el dedo de la Providencia trace un círculo sobre el campo de la duda, y allí ya, para el poeta y sus coetáneos, se levanta un muro de ignorancia que es la frontera del saber posible, y donde una inteligencia nueva se prepara á empezar con nuevas gentes y con un nuevo poeta que, semejante al focus de la lente, en sí reune todos los rayos luminosos que partan de la circunferencia.

La sociedad naciente cantó sin duda los fenómenos de la naturaleza; cantó la luz, cantó las sombras, el